

LOS MEJORES CUENTOS  
DE TODOS LOS PAISES

# CUENTOS HUNGAROS



Publicaciones *Araluce*

XXI

LOS MEJORES CUENTOS  
DE LOS MEJORES AUTORES

—  
CUENTOS HÚNGAROS

# LOS MEJORES CUENTOS PARA NIÑOS

PUBLICADOS :

- |        |         |               |
|--------|---------|---------------|
| I.     | Cuentos | Armenios      |
| II.    | »       | Armoricanos   |
| III.   | »       | Flamencos     |
| IV.    | »       | Rusos         |
| V.     | »       | Japoneses     |
| VI.    | »       | Africanos     |
| VII.   | »       | Checoslovacos |
| VIII.  | »       | Napolitanos   |
| IX.    | »       | Dálmatas      |
| X.     | »       | Egipcios      |
| XI.    | »       | Turcos        |
| XII.   | »       | Celtas        |
| XIII.  | »       | Irlandeses    |
| XIV.   | »       | Indostánicos  |
| XV.    | »       | Ingleses      |
| XVI.   | »       | Noruegos      |
| XVII.  | »       | Esquimales    |
| XVIII. | »       | Tibetanos     |
| XIX.   | »       | Alemanes      |
| XX.    | »       | Griegos       |
| XXI.   | »       | Húngaros      |
| XXII.  | »       | Italianos     |

20/1.80

LOS MEJORES CUENTOS PARA NIÑOS  
COLECCIÓN FOLKLORICA SELECCIONADA  
DE TODAS LAS RAZAS  
Y DE TODOS LOS PUEBLOS

---

XXI  
CUENTOS HÚNGAROS

---

**Las uvas parlantes, la manzana son-  
riente y el albaricoque sonoro. - El  
príncipe Csihan. - Los deseos. - El  
pescador Stefan. - Largo, Ancho y  
Agudavista. - Wenceslao y los lobos.**

ILUSTRACIONES DE  
J. DE LA HELGUERA  
*PRIMERA EDICIÓN*



PUBLICACIONES DE LA EDITORIAL ARALUCE  
CALLE DE LAS CORTES, 392 - BARCELONA

BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS

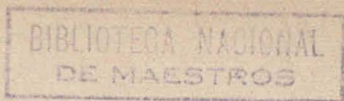
120x



---

Es propiedad del Editor  
Printed in Spain  
Impreso en España

---

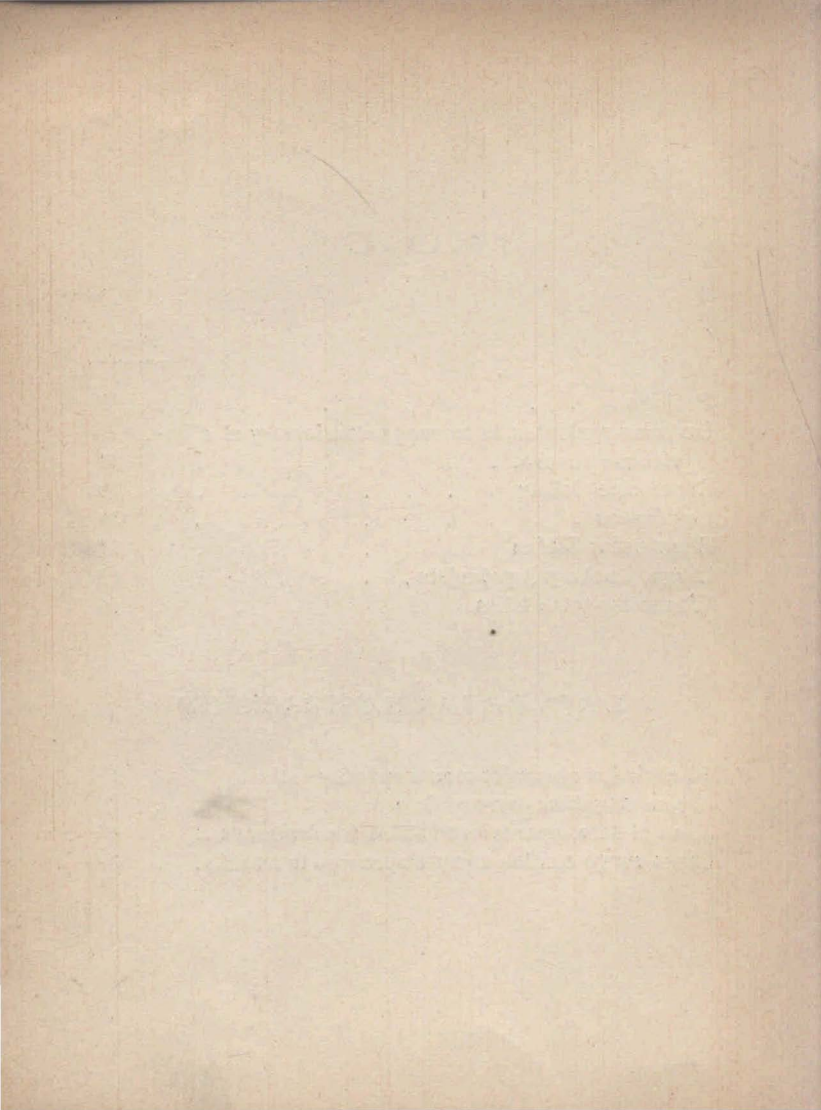


# INDICE

	<u>Págs.</u>
Prólogo . . . . .	7
Las uvas parlantes, la manzana sonriente y el alba- ricoque sonoro. . . . .	11
El príncipe Csihan . . . . .	19
Los deseos . . . . .	31
El pescador Stefan . . . . .	37
Largo, Ancho y Agudavista . . . . .	55
Wenceslao y los lobos. . . . .	69

## LISTA DE LAS ILUSTRACIONES

Al abrir los ojos miró a su alrededor. . . . .	15
... una magnífica carroza de oro... . . . .	32
... en el acto, aparecieron todos los dragones... . . . .	46
Largo cargó con los dos y emprendió la marcha. . . . .	65



# CUENTOS HÚNGAROS

---

## PRÓLOGO

*Antes de la invasión de los magyares, o jinetes húngaros, ocurrida en el siglo IX, la parte septentrional de Hungría, estaba habitada por una raza eslavónica, mucho más antigua, que ya tenía en sí algunos elementos folklóricos, pero después de la citada invasión, realizóse una fusión de las tradiciones de ambos pueblos hasta formar un conjunto que hoy se conoce con el nombre general de cuentos húngaros y que, efectivamente, tiene ciertas características que los distinguen de las tradiciones folklóricas de sus vecinos.*

*Como se observará muy bien por los cuentos que damos a continuación, algunos de sus argumentos pertenecen al folklore general de la raza blanca, sea ejemplo de ello el cuento del príncipe Csihan que no es, ni más ni menos, que una versión de "El gato con botas" en tanto "El pescador Stefan"*



*puede compararse, en algunos puntos, con ciertas leyendas propias de Alemania.*

*Tal vez el cuento más original por sus elementos es el que insertamos en último lugar, titulado "Largo, Ancho y Agudavista". Estos tres personajes, así llamados son, realmente, una novedad entre los tipos folklóricos eurasiáticos, pues, como ya es sabido, la mayor parte de las tradiciones europeas proceden del Asia, y, más especialmente aun, de las comarcas habitadas en otro tiempo por los arios, quienes, según ya es sabido, no constituían realmente una raza pura, sino que eran un conglomerado de razas de distintos orígenes, aunque, andando el tiempo, llegaron a fusionarse entre sí y dieron origen a la diversidad de subrazas europeas.*

*Volviendo a tratar de los magyares, dícese que descendían de los escitas y que eran gente muy belicosa y aun salvaje. Si se observan bien los cuentos que comprenden este volumen se notará en ellos ciertos rasgos de indudable procedencia oriental, tal vez inmediatamente rusa o turca, pero que, en definitiva, procedían también de los países asiáticos a que nos hemos referido.*

*Mas, sea como fuere, porque todo lo antedicho no pasan de ser suposiciones imposibles de comprobar por ahora, y que tal vez tampoco podrán demostrarse en adelante, a causa de la extremada dificultad y casi imposibilidad de hacer averiguaciones acerca de estos orígenes etnográficos, es lo cierto que estos cuentos húngaros son muy bellos y no dudamos de que el lector abundará en nuestra opinión.*





## LAS UVAS PARLANTES, LA MANZANA SONRIENTE Y EL ALBARICOQUE SONORO

Una vez, aunque no sé dónde, y a enorme distancia de nuestro país, había un rey que tenía tres hijas. Cierta día el monarca se dispuso a ir al mercado y llamando a sus tres hijas, les preguntó:

—¿Qué queréis que os traiga del mercado, queridas niñas?

—Para mí un traje de oro, adorado padre y señor—contestó la mayor.

—Yo desearía un traje de plata—exclamó la segunda.

—Pues yo — dijo la tercera — quiero un racimo de uvas parlantes, una manzana sonriente y un albaricoque sonoro.

—Muy bien, hijas mías — contestó el rey, sonriendo.

Y emprendió la marcha. Una vez hubo lle-



gado al mercado compró los trajes para sus dos hijas mayores, cosa en la cual no halló la menor dificultad. Pero, en cambio, y a pesar de todos sus esfuerzos y de las numerosas investigaciones que llevó a cabo, no le fué posible encontrar las uvas parlantes, la manzana sonriente y el albaricoque sonoro. Le dolió mucho no encontrar aquellas cosas deseadas por su hija menor, pues ésta era su preferida. Pero convencido de que por más que hiciese no daría con aquellos regalos, emprendió el camino de regreso, aunque bastante triste.

Pero ocurrió que la carroza real se hundió en el barro durante el viaje de regreso, de manera que aun cuando los caballos eran excelentes y vigorosos no consiguieron sacarlo del atasco. Entonces el monarca ordenó que llevarsen otros caballos para sacar la carroza del lugar en que se hallaba, pero fueron en vano todos los esfuerzos que hicieron, porque entre todos los animales de tiro no consiguieron sacar las ruedas del lodazal en que se habían hundido.

Por último el rey abandonó la esperanza de salir de allí y cuando ya se disponía a acomodarse dentro de la carroza para pasar la noche lo mejor posible, apareció en el camino un

cerdo corpulento y muy sucio, que avanzaba gruñendo. Y al mismo tiempo entre sus gruñidos, exclamaba:

—Dame por esposa a tu hija menor ¡oh, rey y señor! y te ayudaré a que salgas de aquí.

Al rey le hizo mucha gracia aquella petición que tomó a broma y decidido por otra parte a no cumplir su promesa en el caso de que el cerdo llegase a exigirla, consintió en lo que el animal pedía.

Entonces el cerdo dió con la jeta un poderoso empujón a la carroza que, en efecto, salió del atasco y los caballos ya pudieron arrastrarla fácilmente.

El rey, en extremo satisfecho de haber salido de aquel lugar tan desagradable, no pensó más en el cerdo y en cuanto estuvo de regreso en palacio llamó a sus dos hijas mayores y les entregó los dos trajes que había comprado, pero se puso muy triste ante la necesidad de anunciar a su hija menor que no había podido encontrar los objetos pedidos y aun se entristeció más todavía al recordar la promesa hecha al cerdo que lo sacó del atasco.

Pocos días después se presentó el cerdo en el patio del palacio, arrastrando una carre-

tilla. Gruñía sin cesar y en voz bastante alta para ser oído de todas partes, exclamó:

—He venido en busca de tu hija, señor rey.

El monarca quedó aterrado y con objeto de salvar a su hija hizo vestir a una campesina con rico traje bordado de oro y perlas. Luego la mandó al cerdo, el cual la hizo sentar en la carretilla, pero luego empezó a gruñir y exclamó:

—Esta no es tu hija, señor rey.

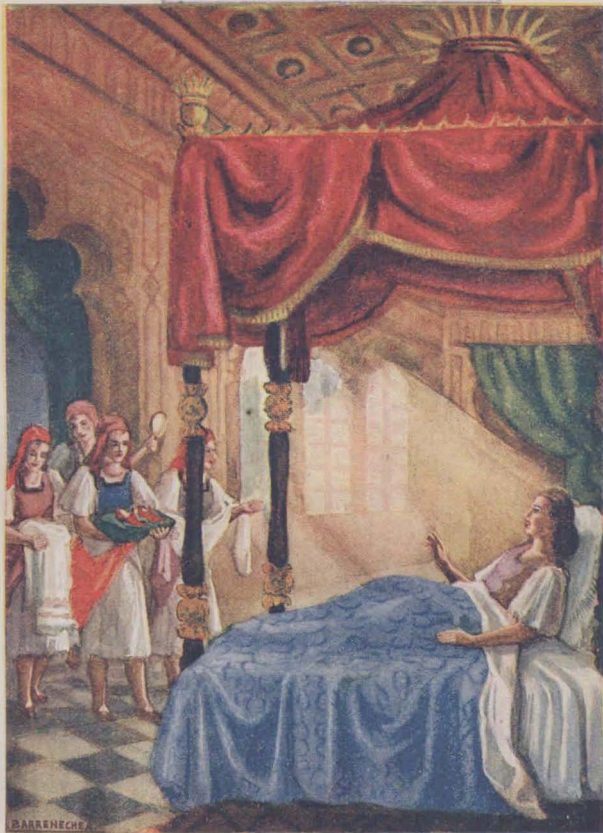
Dicho esto volcó la carretilla y arrojó a la joven al suelo.

Al notar el monarca que su engaño no había tenido ningún éxito hizo llamar a su hija, según prometiera, pero le recomendó que se pusiera un traje astroso, creyendo que así no sería del agrado del cerdo.

Pero el animal, al verla, dió un fuerte gruñido de alegría, se apoderó de ella y la puso en la carretilla. Luego se alejó, en tanto que el monarca se quedaba llorando la imprudencia cometida, gracias a la cual había correspondido a su hija un destino tan aciago.

El cerdo, mientras tanto, seguía empujando la carretilla dentro de la cual sollozaba la princesa.





Al abrir los ojos miró a su alrededor...



BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS

Después de un largo viaje detúvose el cerdo ante una pocilga sucia a más no poder y después de dar dos o tres gruñidos, exclamó:

—Apéate, princesa.

Ella obedeció y el cerdo, después de proferir dos o tres gruñidos más, le ordenó que entrase en su nueva morada.

La princesa derramaba tantas lágrimas que sus ojos parecían otras tantas fuentes. Sin embargo, obedeció.

Una vez en la pocilga, el cerdo le ofreció un poco de maíz que había en una artesa y también le indicó su yacija de paja. La joven se tendió en ella y tardó mucho en poder dormirse, pero, al fin, fatigada por la pena, se sumió en el sueño.

Derrengada por el viaje y por el disgusto durmió tan profundamente que no despertó hasta el día siguiente hacia las doce. Al abrir los ojos miró a su alrededor y se quedó pasmada de asombro al verse en un hermosísimo palacio, que más bien parecía construido por las hadas. Ella misma reposaba en un lecho, cuyas sábanas eran de seda y que estaba adornado por hermosas colgaduras de color rojo, con flecos de oro. En cuanto notaron que se despertaba, aparecieron numerosas doncellas

a recibir sus órdenes y le ofrecieron también lujosísimos trajes.

La joven embelesada con aquella escena y sin saber si soñaba o estaba despierta, se vistió sin decir palabra. Luego las doncellas la acompañaron al magnífico comedor para que desayunara. Allí la recibió cortésmente un elegantísimo joven, que le dijo:

—Si queréis hacerme el honor de consentir en ello, princesa, soy yo vuestro marido, y os participo, desde luego, que, todo cuanto véis, os pertenece.

Dicho esto se apresuró a servirle el desayuno y en cuanto hubieron terminado la colación, la condujo a un hermosísimo jardín.

La princesa estaba persuadida de que soñaba y por esta razón limitábase a contestar con evasivas todas las preguntas que le hacía su compañero. En aquel momento llegaron a una parte del jardín reservada a huerto, y la joven vió muchas parras, cuyos racimos empezaron a charlar.

—¡Oh, hermosa reina nuestra! — exclamaban—regálate con nuestras uvas.

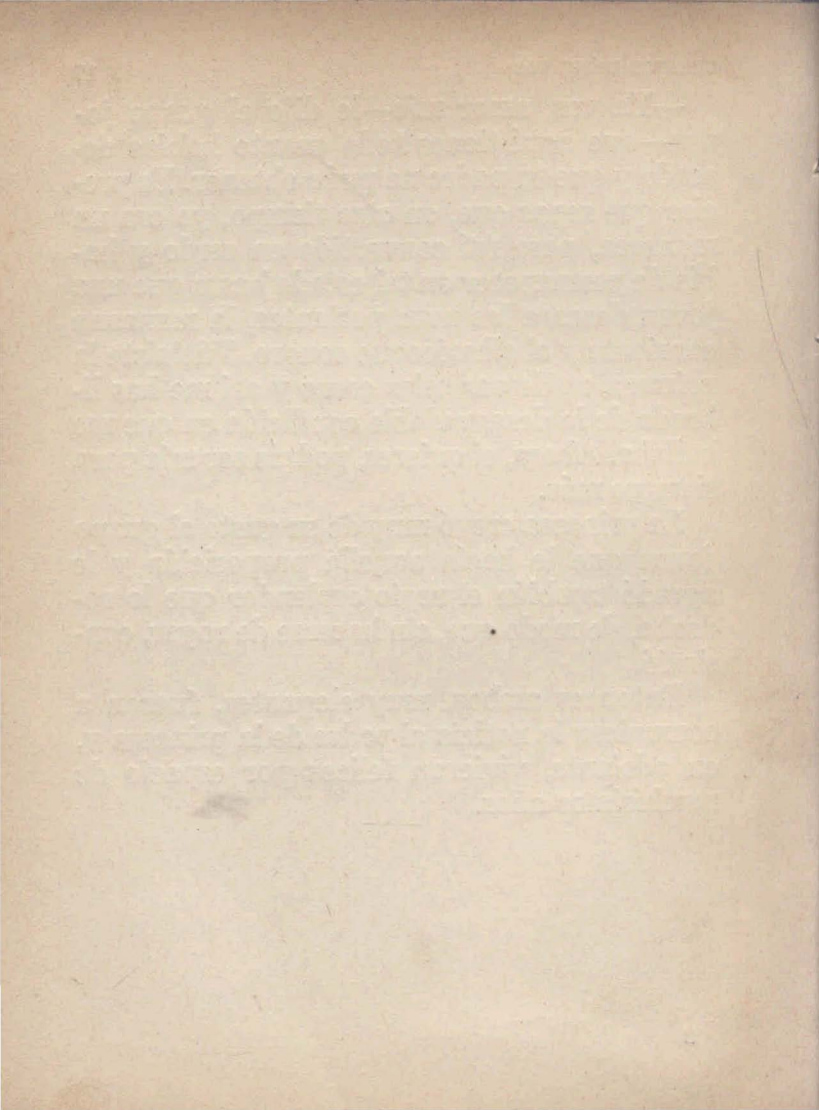
Las manzanas sonreían continuamente a la joven y en cuanto a los albaricoques habían entonado una lindísima canción.



—Ya ves, amor mío—le dijo el guapo joven—que aquí tienes todo cuanto habías deseado y que tu padre no pudo obtener. Es preciso que sepas que, en otro tiempo, yo era un monarca, pero fuí convertido en cerdo y había de permanecer en tal estado hasta que una joven deseara las uvas parlantes, la manzana sonriente y el albaricoque sonoro. Tú fuiste la primera en desear tales cosas y así me has librado de la desagradable condición en que me hallaba. Ahora, si quieres, podrás ser mía para siempre más.

La princesa creyó muy de su gusto al guapo joven que le hacía aquella proposición y le agradó también el regio esplendor que lo rodeaba, de modo que, sin hacerse de rogar, consintió.

Entonces ambos, muy elegantes, fueron a comunicar la noticia al padre de la princesa y, en adelante, vivieron felices por espacio de muchísimos años.



## EL PRINCIPE CSIHAN

En una época muy remota y en un país tan lejano que se tardaría muchos años en llegar a él, había un álamo, el cual tenía sesenta y cinco ramas y en cada una de ellas se posaban sesenta y cinco cuervos. Y ojalá éstos vacíen a picotazos las cuencas de los ojos de los que no quieran creer esta historia.

Había también un molinero tan orgulloso que aun en el caso de que pisara un huevo no lo habría roto. Durante muchos años hubo abundante trabajo en el molino, pero en cuanto el molinero se hubo cansado de su molino, exclamó:

—¡Ojalá Dios quisiera librarme de este molino!

Y provisto de un hacha, de una sierra y de un berbiquí, salió a correr mundo, sin encontrar otro molino. Por último, sin embargo, en la orilla del Gagy, más abajo de Martonos,



encontró un molino casi en ruinas y cubierto de espinos. Allí empezó a trabajar el molinero y cuando ya hubo terminado la reconstrucción del molino, había gastado sus zapatos y sus medias y toda su ropa estaba reducida a la condición de andrajos. Pero él, muy satisfecho, esperó la llegada de los labradores que le llevaron el grano para moler. Mas lo cierto es que no acudió nadie.

Un día, los doce cazadores del rey perseguían una zorra. Esta se dirigió al lugar en que se hallaba el molinero y le dijo:

—Ocúltame, molinero, y serás recompensado por tu bondad.

—¿Dónde quieres que te oculte?—preguntó el molinero—. ¿No ves que no poseo más que la ropa que llevo puesta?

—Ahí, en un rincón, hay un saco roto—replicó la zorra—, cúbreme con él y cuando lleguen los perros recházalos con tu escoba.

En cuanto llegaron los cazadores, preguntaron al molinero si por allí había visto pasar una zorra.

—No, no la he visto—contestó el molinero.

En vista de tal respuesta, los cazadores se marcharon y poco rato después salió la zorra y dijo:

—Te doy gracias por tu bondad, molinero, pues suerte a ti he salvado la vida. Tengo el mayor deseo de hacerte algún favor. ¿Quieres casarte?

—Mi querida zorra—contestó el molinero—si encontrase mujer que consintiera en venir a vivir aquí... en fin, no me disgustaría casarme, pero ten en cuenta que, dado el mal estado de mi traje, no puedo ir a cortejar a nadie .

La zorra se despidió del molinero y cosa de un cuarto de hora después volvió llevando un pedazo de cobre en la boca.

—Toma, molinero—le dijo—. Guarda eso, porque no tardarás en necesitarlo.

Volvió a marcharse y, un rato después, regresó llevando una pepita de oro en la boca.

—Guarda eso también—recomendó al molinero—porque no tardarás en necesitarlo.

La zorra se alejó nuevamente y al poco rato volvió llevando en la boca un diamante.

—Toma, molinero—dijo—. Guárdalo y ahora me ocuparé en buscarte esposa. Dame el pedazo de cobre que te di.

Y tomándolo en la boca emprendió el viaje hacia un país muy lejano y, al fin, llegó a presencia del Rey del Yunque Amarillo.

—Buenos días, señor Rey del Yunque Ama-

rillo—dijo la zorra—. Mi vida y mi muerte están en manos de Vuestra Majestad. Me he enterado que tenéis una hija soltera. Soy un mensajero del príncipe Csihan, que me ha rogado venir a pedírosla por esposa.

—Te la entregaré con gusto, zorra—replicó el Rey—. No se la negaré; por el contrario, se la entregaré con el mayor placer, si bien lo haría con mucho más gusto si conociera al novio; pero, en fin, no pienso negársela.

La zorra aceptó la proposición del Rey y fijaron el día en que irían a recoger a la princesa. Luego el Rey entregó una sortija en prenda de su promesa y la zorra emprendió el regreso para llevársela al molinero.

Cuando hubo llegado a su presencia, le dijo:

—Ahora, molinero, ya no eres tal, sino el príncipe Csihan y tal día y a tal hora, has de estar dispuesto a emprender el viaje. Antes, sin embargo, habrás de darme el pedazo de oro a fin de llevárselo a Su Majestad, para que no pueda abrigar el temor de que eres un don nadie.

Luego, la zorra volvió a emprender el viaje hacia el palacio del Rey y al llegar a su presencia, lo saludó, diciendo:

—Buenos días, graciosa Majestad. El prín-



cipe Csihan manda esa pepita de oro a Su Majestad para que pueda gastarla en la preparación de las fiestas de la boda. El príncipe no ha podido mandar ninguna moneda, porque todo el oro lo tiene en esta forma.

—¡Caramba!—exclamó para sí el Rey—me parece que mi hija hará una buena boda, porque yo, aun siendo Rey, no tengo pepitas de oro de ese tamaño.

La zorra volvió a la presencia del príncipe Csihan y una vez estuvo ante él, dijo:

—Como ves he llegado de mi viaje y, por lo tanto, es preciso que te dispongas a emprender mañana el tuyo.

Al día siguiente la zorra se presentó otra vez al nuevo príncipe y en vista de que estaba ya dispuesto a emprender la marcha, salieron los dos de viaje.

Al llegar a corta distancia del palacio real, pasaron por el lado de un seto y, desde allí, la zorra preguntó al príncipe si veía a lo lejos un espléndido castillo.

—¡Naturalmente que lo veo!—contestó el ex molinero.

—Pues bien, allí vive tu futura esposa.

Caminaron otro rato y, por fin, la zorra, dijo:

—Ahora desnúdate, mete toda tu ropa en el hueco de ese árbol y préndele fuego, de este modo te librarás de ella para siempre.

—Sí, pero me quedaré desnudo—observó el ex molinero.

—Métete en el río—añadió la zorra, sin hacerle caso—para bañarte.

El nuevo príncipe obedeció inmediatamente y la zorra, al verlo dentro del agua, añadió:

—Bien. Ahora ve a sentarte en el bosque y aguarda a que yo me presente al Rey.

Y, en efecto, la zorra echó a correr y, al poco rato, se hallaba en presencia del soberano.

—¡Oh, señor!—exclamó al verlo—. Mi vida y mi muerte están en tus manos. Salimos de las posesiones del príncipe Csihan llevando tres carros cargados, y una carroza tirada por seis caballos y sólo he podido salvar al príncipe sacándolo del agua y salvándolo de una muerte cierta. Ahora el pobre ni siquiera tiene con qué cubrirse.

Al oír aquellas noticias, el Rey, desesperado, levantó las manos al cielo, exclamando:

—¡Y dónde has dejado a mi querido yerno, zorra?

La zorra le indicó el lugar del bosque en que

había dejado a su compañero de viaje y el Rey, inmediatamente, dió orden de que engancharan cuatro caballos a una carroza y luego él mismo se dirigió a su propio guardarropa y tomó algunos trajes de los que usara en su juventud y los hizo poner dentro de la carroza.

El cochero y los lacayos ocuparon sus sitios respectivos y la zorra se metió dentro del carruaje. Al llegar al bosque se apeó la zorra y uno de los lacayos tomó la ropa y fué a llevársela al príncipe Csihan.

La zorra, dirigiéndose entonces al lacayo, le dijo:

—Deja aquí la ropa, porque el príncipe se vestirá solo más a gusto.

Luego indicó al príncipe que se pusiera en pie y, en voz baja, le dijo:

—Ahora ten cuidado de no contemplarte mucho cuando lleves esta ropa, porque de lo contrario el Rey se figuraría que no estás acostumbrado a los trajes lujosos.

El príncipe se vistió, subió a la carroza y se dirigió al castillo. En la puerta, el Rey esperaba a su futuro yerno. Lo estrechó en sus brazos y exclamó:

—Gracias sean dadas a Dios, mi querido yerno, de que os hayáis salvado del furor de



las aguas. Ahora vamos a dar las órdenes oportunas para que se celebre inmediatamente vuestro matrimonio.

Una vez hubo terminado la ceremonia, que fué magnífica, los novios se quedaron en el palacio del Rey.

Cierto día, cuando ya había pasado cosa de un mes de la fecha de su boda, la princesa dijo a su marido:

—Oye, amado mío, ¿no te parece que sería oportuno emprender ya el viaje para visitar tu reino?

El príncipe Csihan, muy preocupado, salió de la estancia y se encaminó hacia la cuadra, pues no veía la manera de aplazar ni de excusar aquel viaje.

El príncipe derramaba lágrimas como puños, y a pesar del llanto divisó a la zorra, que estaba tendida en la paja.

—¡Caramba, príncipe! ¿qué os pasa?—preguntó la zorra.

—Estoy metido en un terrible apuro—contestó el príncipe—. Mi esposa está empeñada en visitar mi palacio.

—No es más que eso, no os apuréis—contestó la zorra—. Haced los preparativos de viaje y disponeos a partir.

El príncipe, ya consolado, pues tenía absoluta confianza en la astucia de la zorra, volvió al lado de su mujer y le dijo:

—Prepárate a emprender el viaje, querida esposa, porque saldremos en seguida.

El Rey encargó preparar una carroza y luego nueve carros cargados de tesoros, con objeto de que los príncipes no careciesen de nada durante el viaje.

La comitiva emprendió la marcha, pero antes la zorra se acercó al príncipe y, en voz baja, le dijo:

—Tened en cuenta, príncipe, que debéis seguirme a donde yo vaya.

El viaje fué larguísimo y cuando ya llevaban varios días de camino, encontraron un rebaño de bueyes.

—Oid, pastores—exclamó la zorra—, si decidís que este rebaño pertenece al príncipe Csihan y no a Vasfogu Baba, os haré un buen regalo.

Dicho esto, la zorra los dejó y continuó el camino para ir a visitar a Vasfogu Baba.

—Buenos días, madre—dijo.

—Bienvenida, hija — contestó ésta—. Has tenido suerte de llamarme madre, porque, de

lo contrario te habría reducido los huesos a polvo.

—¡Ay, madre! — exclamó la zorra—. No perdamos tiempo en hablar de tonterías, porque están al llegar los franceses.

—¡Oh, querida hija! — dijo la vieja—. ¡Ocúltame!

—Conozco un lugar sin fondo—pensó la zorra.

Y, llevándose a la vieja, la condujo a la orilla y le dijo:

—Ahora, querida madre, lavaos la cara y esperad mi regreso.

Luego la zorra se dirigió al encuentro del príncipe Csihan a quien halló en el mismo lugar en que lo había dejado.

—¡Por qué no me habéis seguido?—exclamó—. ¡Vámonos en seguida!

Llegaron al gran castillo de Vafogu Baba y, en el acto, tomaron posesión de las mejores habitaciones. Encontraron en ellas todo lo que habrían podido desear y, por la noche, después de haber cenado opíparamente, se acostaron en espléndidos lechos.

De pronto la zorra se acordó de que había dejado a Vafogu Baba a la orilla del lago.



Fué a su encuentro y la vieja, al verla, le dijo:

—Desde aquí he podido oír el ruido de la llegada de los franceses, mi querida hija. Llévame a otro sitio más seguro.

La zorra, disimuladamente, se situó detrás de ella, le dió un empujón y la vieja cayó al lago, donde se ahogó, de modo que el príncipe Csihan fué, en adelante, dueño de sus posesiones.

—Habéis nacido en un día afortunado, príncipe—le dijo la zorra, al volver a palacio—, porque os he hecho dueño de todas esas riquezas.

En su alegría, el príncipe Csihan dió un gran festín, invitando a todo el mundo, de manera que los habitantes de la región, desde Banczida a Zsukhajas, comieron espléndidamente, pero el príncipe no les dió bebida alguna.

—Ahora—se dijo la zorra—, después de este festín, fingiré una enfermedad y así podré ver cómo corresponde el príncipe a mis bondades.

En efecto, la zorra se puso gravemente enferma. Gemía y se quejaba de un modo tan

espantoso, que los habitantes del castillo fueron a quejarse al príncipe.

—Cogedla—ordenó éste—y tiradla al montón de la basura.

En efecto, así se hizo y un día el príncipe, que pasaba por allí, pudo ver a la zorra que aun vivía.

—¿Vos príncipe? —murmuró la zorra—. Sólo sois un molinero. Y así voy a decírselo a todo el mundo.

El príncipe se quedó aterrado al oír aquellas palabras, tanto que estuvo a punto de desmayarse.

—¡Oh, querida zorra, no hagas eso!—exclamó—. Te doy mi palabra regia de que, en adelante, comerás lo que yo coma y que, mientras yo viva, serás mi mejor amiga y te verás honrada como autora que eres de mi fortuna.

Entonces ordenó que llevasen a la zorra a su castillo y, en efecto, todos los días la sentó a su mesa y no volvió a olvidarla.

En adelante vivieron todos muy felices y aun es posible que sigan de la misma manera, si no se han muerto. Ojalá sean mañana vuestros invitados.

## LOS DESEOS

Lo que voy a contaros ocurrió una vez, aunque no importe saber cuándo ni dónde.

Lo cierto es que, en otro tiempo, vivió un pobre hombre que estaba casado con una mujer joven y hermosa. Ambos se querían mucho y la única queja que tenían contra el destino era la extremada pobreza que sufrían, porque ninguno de los dos poseía cosa alguna.

Y así, por esta causa, a veces se peleaban un poco, echándose en cara que ninguno de los dos tenía sobre qué caerse muerto.

Mas no por eso dejaron de quererse.

Una noche, la esposa llegó a su mísera cabaña mucho antes que su marido. Se dirigió a la cocina y encendió fuego, aunque no tenía nada que guisar.

—Me parece —pensó— que, por lo menos, podré hacer un poco de sopa para alimentar a



mi marido. Ya no tardará en llegar, porque esta es la hora en que suele hacerlo.

Mas apenas había puesto la olla en el fuego y unos pedazos de leña, para que el agua hirviese más aprisa, llegó su marido y se sentó al lado de su mujer en el banco.

Calentáronse los dos ante el fuego, porque corría ya el otoño y hacía un poco de frío. En el pueblo inmediato habían empezado aquel día la vendimia. De pronto el marido exclamó:

—¿No te has enterado de lo que ocurre, esposa?

—No, ¿qué pasa? No sé nada. Cuéntamelo.

—Es una cosa extraordinaria—replicó él—. Cuando pasaba a lo largo del campo de maíz del señor, vi a lo lejos una cosa negra que estaba en el suelo. No pude distinguir qué sería, pero, al acercarme más, tuve una sorpresa extraordinaria. ¿A que no lo adivinas? Pues una magnífica carroza de oro, muy diminuta, dentro de la cual había una hermosa mujer cuya estatura se asemejaba a la longitud de mi dedo pulgar. Y tiraban de la carroza cuatro perritos negros muy bien enjaezados.

—Veo que tienes gana de broma—exclamó la esposa.

—¡Juro que es verdad! Pues bien, ya sabes

BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS



...una magnífica carroza de oro...

BIBLIOTECA - NACIONAL  
DE MAESTROS



que los caminos están cubiertos de barro y dió la casualidad de que aquella carroza se atascó en él y los perros no pudieron sacarla. La mujercita que ocupaba el vehículo no quería apearse para ensuciarse los zapatitos ni su traje de oro en el barro.

De momento, al darme cuenta de todo aquello, tuve la intención de echar a correr, pues creí que sería algún espíritu maligno, pero la dama me llamó y me dirigió encarecidos ruegos de que la librara de aquella dificultad, me prometió no hacerme ningún daño, sino que, por el contrario, me recompensaría.

Me pareció que sería muy agradable el hecho de que alguien nos ayudase en nuestra pobreza y sacando la carroza del lugar en que se había atascado, los perros pudieron ya arrastrarla fácilmente. Entonces aquella dama me preguntó si estaba casado y yo le contesté que sí. Me preguntó si era rico, y le respondí que muy pobre, añadiendo que quizá en el mundo no hubiera dos personas más miserables que nosotros. "Eso puede remediarse", dijo ella. "Cumpliré los tres deseos que exprese tu esposa". Y dicho esto, desapareció con tanta rapidez como si los dragones la hubiesen raptado. Era un hada.

—¡Pues bien se ha burlado de ti!

—Ya lo veremos. Ahora procura desear algo, querida esposa.

Ella, sin pensarlo mucho, exclamó:

—Bueno, me gustaría tener una buena salchicha que se asaría perfectamente con este fuego.

Apenas había pronunciado estas palabras descendió una sartén desde lo alto de la chimenea y, dentro de ella, aparecía enroscada una salchicha tan larga que habría bastado para rodear todo el jardín.

Marido y mujer, profirieron una exclamación de gozo y asombro.

—¡Eso es magnífico!—exclamó el marido—. Pero hemos de tener mucho cuidado con los deseos restantes, pues de lo contrario no nos aprovecharemos de ellos. Me gustaría tener dos terneros, dos caballos y un marranito.

Dicho esto tomó la pipa que llevaba colgada en la cinta de su sombrero, sacó la petaca y llenó la primera de tabaco; luego quiso encenderla con un ascua, pero le temblaban tanto las manos que volcó la sartén con la salchicha.

—¡Dios mío, la salchicha! ¿Qué haces? ¡Ojalá se te pegase la salchicha en la nariz!

—exclamó la esposa, asustada e irritada a un tiempo.

Mientras así hablaba quiso recoger la salchicha, pero ya era tarde, porque colgaba de la nariz de su marido.

—¡Dios me ayude!—exclamó la buena mujer—. ¡Mira lo que hemos hecho, tonto!

—¡Ya ha desaparecido el segundo deseo!—replicó el marido—¿qué haremos ahora?

—Es muy fácil, la cortaremos—replicó ella.

—¡Y un cuerno!—gritó él—. ¿No ves que ahora me harías daño? No consiento que la toques.

—Pues es preciso cortarla—exclamó ella—. No hay otro medio.

—No te lo permito. Y no lo consentiría ni a cambio de todos los tesoros de la tierra. ¿Sabes lo que podemos hacer, querida mía? Aun te queda un deseo. Ordena que la salchicha vuelva a la sartén y así quedará todo terminado.

—¿No te acuerdas ya de los terneros, los caballos y el marranito — preguntó ella—. ¿Cómo los tendremos, si no?

—Tienes razón, mujer, pero ya comprenderás que no puedo ir por el mundo con una salchicha colgada de la nariz.



Disputaron durante largo rato, pero, al fin, el marido logró convencer a su mujer de que expresara el deseo de que la salchicha volviera a la sartén.

Así quedaron cumplidos los tres deseos y ellos se vieron tan pobres como antes. A pesar de todo se comieron tan satisfechos la salchicha y, al fin llegaron a la conclusión de que, por haber disputado, no tenían terneros, caballos ni marranitos, y por esta razón convinieron en vivir en adelante, en la mayor armonía. En efecto, no volvieron a disputar ni a pelear y prosperaron tanto a fuerza de trabajo y de laboriosidad que, poco tiempo después, tenían ya dos terneros, otros tantos caballos y un marranito.

## EL PESCADOR STEFAN

En otro tiempo vivía un pobre hombre que sólo tenía en el mundo a su mujer y a su desdichado hijo Stefan. La única preocupación de aquel era la de mantener a su corta familia y como apenas lo conseguía, decidió dedicarse a pescar, pues, de este modo, y con lo que Dios quisiera concederle, podría mantener a su mujer y a su hijo.

Pero, al poco tiempo, el padre y la madre murieron, dejando abandonado al pobre Stefan. Este, agobiado por la pena, se ocultó detrás del horno y no quiso salir hasta después del entierro de sus progenitores.

Permaneció así tres días y luego recordó que su padre había sustentado a la familia gracias a la pesca, de modo que se decidió a seguir aquel camino y tomando la red se dirigió a la parte inferior de la esclusa del río. Allí arrojó una y otra vez la red hasta que

empezaron a despellejarse las palmas de sus manos, pero sin que consiguiese coger un solo pez. En vista de eso, murmuró para sí:

—Voy a arrojar la red por última vez.

Así lo hizo y en aquella ocasión tuvo la buena fortuna de sacar a tierra un pez dorado.

Mientras se dirigía a su casa, creyó que haría muy bien regalándolo al señor de la comarca, quien, quizá, a cambio, le haría entregar el jornal de un día.

Al llegar a su casa tomó un plato, sacó el pescado de la red y lo puso sobre aquél; pero el pescado resbaló hasta el suelo y, al tocar en él, se convirtió en una hermosa joven, quien dijo al pescador, que estaba asombradísimo.

—Soy tuya y tú eres mío.

—Dime, Stefan: ¿Te ha dejado algo tu padre?

—Antes, aunque éramos pobres—contestó el joven pescador teníamos algo. Pero luego nos agobió la miseria y mi padre se vió obligado a venderlo todo. Sin embargo—añadió señalándola—¿ves esa montaña? Pues aun no se ha vendido porque es tan empinada que nadie la ha querido a ningún precio.

—Perfectamente—contestó la hermosa jo-



ven—. Primero vamos a casarnos y luego iremos a visitar la montaña.

Stefan no titubeó un momento, pues aunque conocía a su futura esposa desde muy pocos instantes antes, ellos habían bastado para inspirarle un profundo amor. Por consiguiente, los dos jóvenes, cojidos de la mano, se dirigieron a la iglesia, en donde el sacerdote los unió en matrimonio.

A la salida los nuevos esposos se dirigieron, paseando, hacia la montaña a que aludiera Stefan y la recorrieron minuciosamente. Cuando llegaron hacia la mitad de su falda, la esposa dijo:

—Sentémonos ahora un poquito a descansar.

Así lo hicieron y Stefan, inclinándose sobre la hierba, quedóse dormido.

Mientras tanto ella se puso en pie, se alejó unos pasos y desenrollando la larga tralla de un látigo, la hizo restallar. Aquel chasquido se oyó a enorme distancia y, un momento después, acudieron numerosos dragones.

—¿Cuáles son las órdenes de Vuestra Majestad?—preguntaron.

—Oídlas bien—contestó la joven—. ¿Veis este lugar? pues construidme aquí un pala-

cio. Mucho más hermoso que cuantos existan en el mundo entero. Estará provisto de todo lo necesario. Habrá cuadras para ocho magníficos caballos y también éstos se hallarán atados a sus respectivos pesebres. Habrá dos mozos de cuadra. También deseo un establo para ocho bueyes y dos mozos que los cuiden. Luego quiero, igualmente, un henil capaz para contener grandes cosechas y todos los servidores necesarios para el servicio y el cuidado del palacio y de sus dependencias.

Al poco rato habíanse cumplido exactamente sus órdenes y entonces la joven quedó muy complacida y dió gracias a Dios de haberle proporcionado todo aquello.

—Ahora convendrá que despierte a mi marido—murmuró.

Acercóse a él y pudo notar que aun dormía.

—Despiértate, esposo—le dijo—. Abre bien los ojos y contempla todo eso. Si te parece bien te ruego que des tus órdenes a los criados y a los trabajadores. Luego tú y yo entraremos en el palacio para ver si todo está de acuerdo con nuestros deseos. Tú cuidarás del gobierno de los criados y yo me encargaré de las doncellas. Debes saber que, en ade-

lante, tendremos lo suficiente para vivir felices en este palacio.

En cuanto a Stefan le hubo pasado un tanto la admiración que le causaran aquellas maravillas, dió gracias a Dios por todas sus bondades y luego comunicó a su esposa el proyecto que acababa de ocurrírsele. Quería invitar al señor de la comarca para que fuese a comer con él el domingo de Pascua.

—No me dejes—le rogó su esposa—porque si él me ve no tardarás en perderme. Yo cuidaré de que esté la mesa puesta y todo preparado, pero os servirá una doncella, en tanto que yo me retiraré a mis habitaciones a fin de evitar que ese hombre me vea.

Stefan pidió su carroza, de la que tiraban seis magníficos caballos, ocupó el interior; el cochero se encaramó al pescante y así emprendieron el camino hacia la casa del señor. Al llegar ante la puerta, Stefan se apeó, entró y pudo ver que en el patio trabajaban tres albañiles. El los saludó muy amable y los operarios le devolvieron el saludo.

—¡Caramba!—exclamó uno de ellos. ¿Cómo es posible que Stefan haya cambiado de tal manera de posición? ¡Con lo pobre que era antes!



Mientras tanto Stefan entró en el castillo y se dirigió a la sala en que el señor daba audiencia.

—Muy buenos días, señor—dijo al entrar.

—Dios te bendiga Stefan. ¿Qué te trae?

—He venido a rogar a vuestra señoría que se digne comer conmigo el domingo de Pascua. Tendré el mayor placer en veros en mi casa.

—Perfectamente, Stefan. Te prometo ir—contestó el señor.

Luego volvieron a saludarse y Stefan salió.

En cuanto se hubo marchado, el señor salió al patio y los tres albañiles le preguntaron:

—¿Qué quería Stefan?

—Me ha invitado a comer con él. Y he aceptado—contestó el señor.

—Desde luego no tendréis más remedio que ir, señor; y por otra parte así podréis ver cómo es su casa.

En cuanto llegó el domingo de Pascua, el señor ordenó enganchar cuatro caballos a su carroza y de este modo se dirigió al palacio de Stefan.

Este acudió a su encuentro y después de cruzar amables saludos, los dos hombres entraron en el palacio cogidos del brazo. Comie-

ron y todo marchó perfectamente hasta que al señor se le ocurrió preguntar:

—Bien, Stefan. ¿Y dónde está tu esposa?

—Está muy ocupada, señor—contestó el anfitrión.

—Aunque así sea—replicó el invitado—tendría mucho gusto en verla.

—Es una mujer muy tímida que no está acostumbrada al trato de los hombres—contestó Stefan.

El señor no insistió más por el momento y se ocupó en terminar la comida. Luego los dos hombres encendieron sus respectivas pipas y salieron a recorrer el palacio. Pero antes el barón tuvo tiempo para decir a su criado:

—Di que preparen el carruaje para dentro de unos instantes, porque pronto terminaré la visita.

En efecto, cosa de un cuarto de hora después Stefan despidió al barón a la puerta del palacio y éste último subió a la carroza. Pero mientras el vehículo atravesaba el patio, el barón miró hacia atrás y pudo ver a la esposa de Stefan que estaba en pie y al lado de una de las ventanas. Ello fué suficiente para que el barón se enamorase perdidamente de ella hasta el punto de que llegó a su casa ya en-

fermo y sus criados se vieron obligados a acostarlo.

Al apuntar el día siguiente llegaron los tres albañiles y empezaron a trabajar. Esperaban que, como de costumbre, su amo se presentara de un momento a otro. Y en vista de que no lo hacía, uno de los obreros, dijo a los demás:

—Voy a ver lo que le pasa, porque ya sabéis que tiene la costumbre de venir todos los días a las ocho de la mañana.

El albañil entró en el palacio, se dirigió al dormitorio del barón y lo saludó, mas no obtuvo ninguna respuesta.

El buen hombre se aproximó a la cama y al ver el rostro de su señor, le dijo:

—Veo que estáis enfermo, señor barón.

—Es verdad—contestó éste—porque Stefan tiene una mujer hermosísima, de la que me he enamorado perdidamente. Y si no me es posible apoderarme de ella, moriré de pena.

El albañil salió y conferenció con sus compañeros acerca de lo que podría hacerse.

Uno de ellos propuso que se llamara a Stefan y le obligaran a hacer algo imposible como, por ejemplo: arrancar una gran columna de piedra que había ante una de las ventanas;



plantar en el hueco una parra cuyas uvas habrían de madurar en una sola noche, de modo que a la mañana siguiente pudiera hacerse un vaso de vino de su jugo para que se lo bebiese el barón, y si no era capaz de hacer todo eso, Stefan perdería a su esposa.

Uno de los obreros, después de haberse puesto de acuerdo con los demás, se dirigió al dormitorio del barón y le explicó su plan; haciendo observar que Stefan no podía realizar todo aquello y que, por consiguiente, se vería obligado a renunciar a su esposa.

Al barón le pareció de perlas el consejo y, en el acto, dió orden para que un lacayo montase a caballo y, al galope, fuese a llamar a Stefan.

Este acudió inmediatamente, preguntando qué deseaba el señor, y entonces el barón le comunicó sus órdenes, añadiendo cual sería el castigo en caso de que no las cumpliera.

El pobre Stefan escuchó lleno de pena aquellas órdenes de imposible cumplimiento y sin despedirse siquiera, salió; subió a su carroza y emprendió el regreso a su palacio.

—¡Hola, querido esposo! ¿Qué quiere el señor?—exclamó su esposa al verlo.

—Pues, sencillamente, me ha ordenado

arrancar una columna que está frente a su ventana, cosa que ya por sí, es difícilísima. Pero aun hay más. Luego habré de plantar allí una parra cuyas uvas habrán de madurar en una sola noche y, a la mañana siguiente, exprimire el jugo y cuando esté convertido en vino lo serviré al señor. Y si no llevo a cabo todo eso, habré de renunciar a ti.

—¡Bah, no te apures por tan poca cosa!— le contestó su mujer—. Come y bebe, acuéstate tranquilo y descansa y ya verás como todo va bien.

En cuanto llegó la noche, la joven esposa salió al patio desenrolló su látigo, lo hizo chasquear y, en el acto, aparecieron todos los dragones.

—¿Cuáles son las órdenes de Vuestra Majestad?—preguntaron.

Ella, entonces, les dió cuenta de lo que quería y todo se realizó con tanta exactitud que, a la mañana siguiente, Stefan tenía un vaso de vino que se apresuró a llevar al dormitorio de su señor. Lo dejó sobre la mesa de noche, cerró la ventana y se volvió a su casa.

Al amanecer, el barón se revolvió en su cama, un rayo de luz que se reflejaba en el vaso de vino fué a herir sus ojos y aquello ejerció



...en el acto, aparecieron todos los dragones.



BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS

en él tal efecto que se cayó de espalda sobre la almohada y empeoró visiblemente.

Llegaron los tres albañiles y se extrañaron mucho al ver que tampoco se presentaba su amo. Y el más alto de los tres dijo al mediano:

—Ayer yo le dí buenos consejos de modo que ahora te toca a ti.

—Bueno, pues yo creo—observó el aludido—que Stefan debe construir un puente de plata delante de la puerta del palacio, eso durante las horas de la noche. A ambos extremos del puente habrá de plantar toda suerte de árboles y éstos deberán estar llenos de pájaros cantores antes de que luzca la mañana. Estoy seguro de que no podrá hacerlo y así se verá obligado a renunciar a su esposa.

En cuanto comunicaron su plan al barón, éste, a quien le pareció magnífico, ordenó que, en el acto, se llamase a Stefan. El joven acudió y entonces el señor le dictó sus nuevas órdenes.

Stefan las escuchó anonadado y, agobiado de pena, se volvió a su palacio. Allí lo recibió su esposa y le preguntó cuáles eran las órdenes del señor.

Stefan, transido de pena, le dió cuenta de ellas pero su esposa, sin apurarse, contestó:

—No te preocupes, amor mío, come y bebe tranquilo, acuéstate y descansa, porque todo marchará bien.

En cuanto hubo anochecido hizo restallar su látigo y ordenó a los dragones que ejecutasen aquellas órdenes. Ellos empezaron a trabajar inmediatamente con tanta habilidad y rapidez que antes de amanecer, estaba todo listo. Y los pajarillos, al ver asomar las primeras luces de la aurora, empezaron a cantar con tanto ruido que todos los habitantes del pueblo se despertaron y, especialmente, un ruiseñor cantaba con voz más fuerte clara y armoniosa que los demás y de modo inteligible cantó, dirigiéndose al barón:

—No debes codiciar los bienes ajenos, sino conformarte con lo que Dios te ha dado.

El barón despertó al oír este canto; se revolvió, en el lecho y luego se asomó a la ventana para mirar. Cegáronse momentáneamente sus ojos al observar el resplandor que despedía el puente de plata y, dando traspies, retrocedió hasta su cama porque su estado había empeorado en extremo.

Al llegar los tres albañiles no pudieron entrar, porque los reflejos fosforescentes del puente de plata los dejó ofuscados y se vieron



obligados a dar un rodeo en busca de otra puerta.

Mientras trabajaban, el mediano dijo al pequeño:

—Ve a ver porque no ha salido el señor. Tal vez ha empeorado.

Obedeció el aludido y al entrar en el dormitorio del barón, pudo observar que estaba peor que nunca.

—Habéis de saber, señor—dijo—que se me ha ocurrido algo que Stefan no podrá llevar a cabo de ningún modo y así se verá obligado a renunciar a su esposa.

—¿Qué es ello?—preguntó el barón.

—Pues, sencillamente, señor, que Stefan habrá de invitar a Dios a que coma en vuestra casa el domingo próximo y si no puede conseguirlo habrá de renunciar a su esposa.

—Si gracias a ti puedo casarme con ella—contestó el barón—serás el dueño de todas las propiedades de Stefan.

—En tal caso, ya las considero mías, porque eso no podrá hacerlo.

Inmediatamente Stefan recibió orden de presentarse a la casa del señor y, éste, al verlo, le dijo:

—Escucha mis órdenes. Habrás de invitar

a Dios a comer en mi casa el domingo próximo. Si no lo consigues, perderás a tu esposa.

El pobre Stefan se marchó sin despedirse siquiera, tanta era la pena que lo agobiaba. Subió a su carroza, persuadido de que aquella vez su esposa no podría sacarlo del apuro en que se hallaba.

Y cuando ella le preguntó de que se trataba y él se lo hubo dicho, la esposa exclamó:

—Ve en busca de ese potro de un año, el de peor aspecto de todos, ponle una silla vieja y un arnés de plata y luego móntalo.

Así lo hizo él y en el acto el potro emprendió el camino directo hacia el cielo. Pero antes de que llegara a él, habíanse convertido en un magnífico caballo. En cuanto Stefan llegó a las puertas del Paraíso, ató su montura a una estaca; llamó a una puerta y observando que ésta se abría, entró.

Lo recibió San Pedro y le preguntó cuál era el motivo de su llegada.

—Sencillamente — contestó Stefan—. He venido a invitar a Dios para que coma en casa de mi señor el domingo próximo.

Dios, que está presente en todas partes y a quien nada pasa inadvertido, se enteró perfectamente de lo que acababa de decir Stefan

y presentándose repentinamente a él, le contestó:

—Dile de mi parte que iré y recomiéndale que siembre un campo de cebada que madurará y que Yo comeré pan de esa cebada en la comida. También habrá de llevar hoy una vaca al toro y yo comeré la carne del ternero que nazca.

Oído esto Stefan se despidió, montó a caballo y el animal lo condujo a la tierra. Stefan temía que al llegar a ella se caería de cabeza, pero no ocurrió así, sino que terminó sano y salvo su viaje.

Una vez en su casa comunicó a su esposa el resultado de su excursión y luego se dirigió a casa del señor, para transmitirle las órdenes de Dios.

Se dirigió al dormitorio del barón, pero éste, al verlo, exclamó:

—No des un paso más.

—No hay necesidad — contestó Stefan—. He venido a deciros que he cumplido vuestras órdenes. Y ahora no me reconvengáis por lo que pueda suceder. Dios os ordena, por mi conducto, que sembréis un campo de cebada con cuya harina haréis el pan que habrá de servirse en la comida, también llevaréis una



vaca al toro y El comerá de la carne del ternero.

Estas palabras dejaron muy preocupado al barón y Stefan dijo:

—No os preocupéis, señor. Bastantes quebraderos de cabeza me habéis dado, de modo que es muy justo que ahora los tengáis vos.

Dicho esto se despidió y se volvió a su casa. Al llegar allí vió que su esposa había dado las órdenes necesarias para preparar una espléndida comida.

En aquel momento, Dios y San Pedro se dirigían a casa del barón, quien, al verlos, llamó a gritos a un criado, ordenándole:

—¡Cierra la puerta para que no entren!

Dios, que lo oyó, volvióse a San Pedro y le dijo:

—Vámonos a casa de Stefan, pues, sin duda, seremos bien recibidos allí.

Al llegar al pie de la montaña, el Todopoderoso, indicó a San Pedro que volviese la cabeza para mirar hacia la casa del barón. El portero celestial obedeció y pudo ver que todas las propiedades de aquel señor, codicioso y avariento, estaban ya cubiertas por una inmensa sábana de agua.

Los dos celestiales personajes, prosiguieron

su camino hacia el palacio de Stefan y éste, al verlos, acudió a su encuentro con los brazos abiertos. Luego se tendió en tierra y besó la suela de los pies del Sumo Hacedor. El Todopoderoso, entró en su casa, se sentó a comer y luego invitó a San Pedro y a los dueños de la casa a que lo acompañasen en la comida.

—Ten siempre dispuesta una mesa en este mundo—dijo Dios a Stefan—para que puedan comer los pobres y los miserables y, en cambio, tú tendrás otra preparada, para ti, en el cielo.

—Y ahora que la paz sea con vosotros—añadió al terminar la comida—. Tu esposa y tú seréis felices y tendréis una existencia apacible.

Y, en efecto, aun viven, si todavía no se han muerto. ¡Ojalá sean mañana vuestros invitados!





## LARGO, ANCHO Y AGUDAVISTA

Hubo un rey, ya muy anciano, que sólo tenía un hijo y, en cierta ocasión, lo llamó para decirle:

—Mi querido hijo, bien sabes que los frutos ya maduros se caen para dar lugar a que nazcan otros. Mi cabeza está ya cubierta de cabello blanco y es posible que el sol no me alumbré mucho tiempo, pero antes de que me entierres, quisiera verte casado y conocer a mi futura hija. Cásate, pues, hijo mío.

—Con gusto lo hiciera como me pedís—dijo el príncipe—pero el caso es que no tengo novia ni conozco ninguna princesa que me agrade.

El anciano monarca llevó la mano a su bolsillo, sacó de él una llave de oro y la mostró a su hijo, diciendo:

—Vete al piso más alto de la torre del pa-

lacio, mira a tu alrededor y dime que te gusta más.

El príncipe, picado por la curiosidad, se apresuró a obedecer. Nadie recordaba haber estado en lo alto de la torre, ni tampoco supo nadie jamás lo que había allí.

Cuando el príncipe llegó, pudo ver en el techo una puertecilla semejante al de una trampa. Estaba cerrada, la abrió mediante la llave de oro, la levantó y subió. Encontróse entonces en una anchurosa estancia de forma circular. El techo era azul como el cielo de una noche clara y estaba tachonado de brillantes estrellas. En cuanto al suelo, estaba cubierto por una alfombra de seda verde y en las paredes vió doce altas ventanas con marco de oro.

En cada uno de los cristales vió pintada a una damisela con todos los colores del arco iris. Todas aquellas doncellas ceñían corona, pero todas vestían de un modo distinto, aunque habría sido difícil saber cuál estaba más ricamente adornada, de modo que fué maravilla el hecho de que el príncipe apenas les concediera atención. Y cuando las hubo mirado, una tras otra, todas ellas empezaron a moverse, cual si estuvieran vivas, lo miraron,

le sonrieron aunque no le hablaron. El príncipe notó, sin embargo, que una de las doce ventanas estaba cubierta por una cortina blanca, que descorrió para ver que había detrás. Pudo ver a una damita vestida de blanco y que llevaba un cinto de plata. Adornábase la cabeza con una corona de perlas. Era la más hermosa de todas, pero estaba triste y pálida cual si acabase de salir de la tumba.

Largo rato permaneció el príncipe contemplando aquel retrato y, por fin, incapaz de contener sus sentimientos, exclamó:

—Esta y ninguna otra quiero por esposa.

Entonces la damisela le hizo una reverencia, se ruborizó e, inmediatamente, desaparecieron todas las figuras.

Volvió al lado de su padre, le dió cuenta de lo que había visto y de que prefería, a todas, la damisela vestida de blanco.

—Has hecho mal, querido hijo — dijo el Rey—. Y con tu promesa te has expuesto a un grave peligro. Esta damisela está en poder de un malvado brujo que la tiene presa en un castillo de hierro y, hasta ahora, cuantos intentaron libertarla perdieron la vida. Pero, en fin, la cosa no tiene remedio. Ponte en camino y Dios quiera traerte sano y salvo.



El príncipe, después de recibir la bendición de su padre, partió y después de unos cuantos días de marcha, observó que se había extraviado. De pronto oyó que alguien le llamaba, y al volver la cabeza, vió a un hombre muy alto que le preguntó si quería tomarlo a su servicio.

—¿Quién eres?—le preguntó el príncipe—. ¿Qué sabes hacer?

—Me llamo Largo y puedo crecer cuanto quiera. Mirad.

Y, en efecto, en un instante, alcanzó una altura considerable y, con la mano, tomó un nido que se hallaba en una rama muy elevada.

—Eso es bonito—contestó el príncipe—pero creo que no puede servir para nada—. ¿Podrías, por lo menos, sacarme de este maldito bosque?

Largo, sin contestar, creció aún más, miró en todas direcciones y luego, recobrando su estatura más corta, tomó la brida del caballo y, al poco rato, se hallaban fuera del bosque.

De pronto Largo miró a lo lejos y exclamó:

—Ahí viene un amigo mío, señor. Creo que también deberíais tomarlo a vuestro servicio, porque puede seros muy útil.

—No lo veo—contestó el príncipe.

—Pues bien, voy a buscarlo—contestó Largo.

Y, creciendo nuevamente, dió unos cuantos pasos que lo llevaron a gran distancia y, al poco rato, regresó conduciendo a un individuo bajito y en extremo ancho.

—¿Quién eres y qué sabes hacer?—le preguntó el príncipe.

—Me llamo Ancho, señor, y puedo ensancharme más todavía—. Guareceos en el bosque y lo veréis.

El príncipe obedeció y Ancho empezó a ensancharse en todas direcciones hasta llenar por completo el valle.

Al príncipe le agradó aquella extraña habilidad y tomó a su servicio a tan extraño individuo.

Al poco rato llegaron al lado de un individuo que llevaba los ojos vendados con un pañuelo.

—Ahí está nuestro tercer camarada—dijo Largo—. También convendría tomarlo a vuestro servicio—dijo Largo—porque puede seros muy útil.

—¿Quién eres?—preguntó el príncipe—.

¿Y por qué llevas los ojos vendados? Seguramente así no verás por dónde has de ir.

—¡Oh, sí, señor! Precisamente los llevo vendados para poder ver igual a los demás hombres. En cuanto me los descubro atravieso las cosas con mi mirada y aun les prendo fuego. Por esta razón me llamó Agudavista.

Y volviéndose a una roca que había al otro lado, se quitó la venda, fijó en ella sus llameantes ojos y, al poco rato, la enorme roca se había convertido en un montón de arena.

—¡Caramba! — exclamó el príncipe — y puesto que ves tan bien, dime a qué distancia se halla el castillo de hierro y qué ocurre ahora en él.

—Al paso que vais, señor—contestó Agudavista—tardaríais un año en llegar, pero, gracias a nosotros, estaremos hoy allí mismo a la hora de cenar.

—¿Y qué hace ahora mi prometida?

—Está triste y suspira dentro de una habitación enrejada donde la tiene guardada un malvado brujo.

—Pues bien, vamos a libertarla—exclamó el príncipe.

Todos le prometieron ayudarle y continuaron el viaje. Seguían el camino recto porque,



cuando era preciso, Agudavista les abría paso de modo que, al anochecer, estaban ya a la vista del castillo.

Nadie les impidió entrar en él. El príncipe dejó el caballo en la cuadra y, al penetrar en el castillo, lo vió poblado de muchos caballeros, pero todos estaban convertidos en piedra. De este modo llegó al comedor, donde estaba ya servida una cena para cuatro personas.

Cenaron todos y luego se quedaron aguardando a que llegara alguien. De pronto se abrió la puerta y apareció el brujo, que era un viejo decrepito y calvo. Llevaba de la mano a una hermosísima damisela vestida de blanco, en la que el príncipe pudo reconocer a su adorada.

—Sé a lo que habéis venido — exclamó el brujo, a llevaros la princesa. Pues bien, si sabéis guardarla durante tres noches, de modo que no desaparezca ante vos, podréis llevarosla. Pero, en caso de que no logréis impedir su desaparición, seréis convertido en piedra como los demás.

Y haciendo seña a la princesa para que se sentara, se marchó.

No podía el príncipe dejar de mirar a la princesa que le parecía más hermosa que

nunca. Le dirigió la palabra, pero ella no le contestó.

Y el príncipe se sentó a su lado, decidido a no dormirse en toda la noche.

Largo se extendió para rodear con su cuerpo toda la estancia.

Ancho se apostó en la puerta, se hinchó y así impidió el paso de cosa alguna, en tanto Agudavista se dispuso a vigilar desde el centro de la estancia, pero, al poco rato, los tres empezaron a cabecear y no tardaron en dormirse profundamente.

Por la mañana, cuando empezaba a amanecer, despertóse el príncipe y observó que la princesa había desaparecido. Se apresuró a llamar a sus servidores y Agudavista se asomó a la ventana, diciéndole:

—No tengáis cuidado, señor, porque ya lo veo. A cien millas de este lugar hay un bosque y, en él un roble viejo, en lo alto del roble, hay una bellota, que es la princesa.

Inmediatamente Largo tomó a Agudavista, subiéndoselo a los hombros, creció y dando pasos de diez millas cada uno, llegó al bosque recogiendo la bellota y emprendieron el regreso para entregársela al príncipe.

—Dejadla caer al suelo, señor—indicó Agudavista.

El príncipe obedeció y, en el acto la princesa surgió ante sus ojos, de modo que cuando el mago entró para darse cuenta de lo ocurrido, vió que la princesa se hallaba en la estancia. Y sin decir palabra, tomó la princesa de la mano y se la llevó.

Transcurrió el día siguiente sin que el príncipe ni sus tres servidores tuvieran nada que hacer y, por la noche, el brujo volvió a llevar a la princesa a la estancia. Repitió las palabras de la noche anterior y también como entonces, el príncipe y sus compañeros se dispusieron a hacer buena guardia, pero no tardaron en dormirse profundamente, sin que les fuera posible evitarlo.

Al amanecer despertó el príncipe y vió que lo princesa había desaparecido.

Llamó a sus servidores y Agudavista se frotó los ojos y exclamó, al poco rato:

—¡Ya lo veo! A doscientas millas de aquí hay una montaña y en ella una roca. Dentro de esta hay una piedra preciosa que es la princesa. Si Largo me lleva allí, la recobramos.

Largo se lo puso en hombros, creció extraordinariamente y en cuanto llegaron ante la ro-



ca, Agudavista la miró con sus ojos, la redujo a arena y tomó la piedra preciosa que se apresuraron a llevar a su amo. Este la dejó caer al suelo y, en el acto, reapareció la princesa.

A los pocos instantes el brujo se presentó de nuevo y al notar que la princesa estaba allí, dió un gruñido de cólera, la tomó de la mano y se la llevó.

Transcurrió el día extremadamente aburrido para el príncipe y sus tres compañeros.

Al llegar la noche se presentó de nuevo el brujo, llevando a la princesa de la mano y pronunció las palabras que había dicho en las dos ocasiones anteriores.

Los cuatro hombres, decididos a no dormirse ni siquiera se sentaron y empezaron a pasearse de un lado a otro, pero todo fué en vano. Estaban encantados y, sin poder evitarlo, se durmieron profundamente, uno tras otro.

Al despertar por la mañana, el príncipe notó, aterrado, que la princesa no estaba allí. Se apresuró a despertar a Agudavista y éste, en el acto, empezó a mirar durante largo rato por la ventana.

—¡Oh, señor!—exclamó muy triste—Está



Largo cargó con los dos y emprendió la marcha...

BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS



ahora muy lejos, muy lejos. A trecientas millas de aquí hay un mar negro; en el fondo, y en su centro, una concha, que encierra una sortija, la princesa es esa sortija. Mas no importa: la rescataremos. Pero esta vez conviene que Largo nos lleve a mi y a Ancho.

Largo cargó con los dos y emprendió la marcha, después de haber crecido extraordinariamente.

Cuando llegaron al mar negro, Agudavista les indicó el lugar en que se hallaba la concha, y aunque Largo extendió la mano cuanto pudo, no consiguió alcanzar el fondo.

—Esperad un momento, amigos—exclamó Ancho—Voy a ayudaros.

Inmediatamente empezó a ensancharse en todas direcciones de un modo tremendo. Después a beber agua y, al fin, disminuyó tanto de nivel el mar que Largo ya pudo alcanzar el fondo con la mano, extrajo la concha, sacó la sortija de ella, púsose sobre los hombros a sus dos compañeros y emprendió el regreso.

Pero durante el camino, tuvo algunas dificultades con Ancho que, como se recordará, se había bebido casi todo el mar y pesaba mucho, de modo que lo dejó caer en un valle. Ancho dió una caída tremenda y, un momento

después, todo el valle se había convertido en un inmenso lago, del cual él mismo salió con alguna dificultad.

Mientras tanto, el príncipe sentía enorme ansiedad. Apuntaba ya la aurora y sus servidores aun no habían regresado. Tenía el cuerpo inundado de sudor frío. En breve el disco del sol se asomó por las montañas de oriente y, en aquel momento, se abrió la puerta de la estancia para dar paso al brujo.

Viendo que la princesa no estaba allí, profirió una carcajada horrible y se disponía ya a hacer víctima al príncipe de su maleficio cuando el cristal de la ventana se rompió, cayó una sortija al suelo y, en el mismo instante, reapareció la princesa.

Agudavista, que se había dado cuenta de lo que ocurría en el castillo, avisó a Largo y éste arrojó con todas su fuerza la sortija contra el cristal de la ventana. El brujo dió un rugido de furor y en el acto se convirtió en cuervo, que emprendió la fuga a través de la ventana.

Entonces la hermosa princesa, que ya estaba desencantada, pudo hablar, pero antes se sonrojó, adquiriendo su rostro el delicado matiz de una rosa. En el castillo empezó a rei-

nar la vida, porque todas las estatuas de piedra recobraron su condición humana. En las cuadras relinchaban los caballos y por doquier se oían exclamaciones de gozo.

La princesa quiso dar las gracias a su salvador, pero éste replicó, modestamente:

—Nada tenéis que agradecerme, pues sin la eficaz ayuda de mis tres compañeros, Largo, Ancho y Agudavista, no hubiera podido salvaros. Ahora os ruego que consintáis en ser mi amada esposa.

Más ruborizada que nunca, la princesa dió su asentimiento y el príncipe, lleno de alegría, se dispuso a hacer los preparativos de marcha.

Inmediatamente emprendió el viaje hacia su propio país, llevando consigo a su prometida y a sus fieles servidores. Por el camino encontró a Ancho que lo aguardaba en la orilla del lago y también lo llevó consigo.

Después de un largo y feliz viaje, el príncipe llegó a su país y al palacio de su padre. Y éste lloró de alegría al ver a su hijo cuyo regreso no esperaba ya.

Poco después hubo grandes fiestas en celebración de la boda, a la que se invitó a todos los caballeros desencantados del castillo de hierro.



Después de la ceremonia, Largo, Ancho y Agudavista anunciaron al joven príncipe que querían volver al mundo en busca de aventuras. En vano quiso el joven persuadirles de que se quedaran con él, prometiendo que les daría todo cuanto desearan, pero a ellos no les gustaba la ociosidad, e insistieron en marcharse de modo que, a partir de entonces, andan, sin duda, por el mundo, aunque ya no se ha sabido nada más de ellos.

## WENCESLAO Y LOS LOBOS

En un pueblecito de Hungría hubo una vez un pobre zapatero remendón llamado Wenceslao. A pesar de que trabajaba mucho, apenas podía ganar lo suficiente para satisfacer sus necesidades.

Un día, mientras estaba remendando unos zapatos, se acercó a él un enjambre de moscas y Wenceslao, agarrando la suela de un zapato, golpeó los insectos y, de un solo golpe, mató a cuarenta.

Muy orgulloso por aquella hazaña, se apresuró a construir una espada y, en la hoja, grabó las siguientes palabras:

“De un golpe he segado cuarenta vidas.”

Una vez en posesión de aquella espada decidió abandonar el oficio de remendón y emprendió un viaje hacia países extranjeros. Después de andar mucho tiempo llegó cierto día

muy acalorado, al lado de una fuente, sentóse allí y se durmió a la sombra.

Dió la casualidad de que, muy cerca de aquel lugar, habitaba una manada de lobos, grandes y feroces. Y mientras dormía Wenceslao, uno de los lobos se dirigió a la fuente con objeto de llenar un cubo de agua.

Encontró dormido a Wenceslao, se fijó muy bien en él, lo olfateó y descubriendo luego la espada pudo leer la inscripción que había en su hoja. Entonces, muy asustado, se retiró, sin hacer ruido y yendo al encuentro de sus compañeros les dió cuenta de lo que acababa de descubrir.

Conferenciaron los lobos entre sí y no tardaron en darse cuenta de que más valía tener por amigo que por adversario a aquel poderoso guerrero y, por consiguiente, resolvieron presentarse a él y ofrecerle su amistad.

Tras largas discusiones, los lobos nombraron una comisión de tres, y éstos, algo atemorizados, dirigiéronse al lugar en que Wenceslao estaba dormido. Respetuosamente echáronse a cierta distancia, esperando que despertase, pues no se atrevían a interrumpir su sueño y cuando, después de un largo rato, Wenceslao se despertó y se desperezó, abrió



los ojos y pudo ver a los tres lobos que lo observaban con la mayor atención.

Tal espectáculo, de momento, lo dejó muy intranquilo y ya se disponía a emprender la fuga cuando observó que las tres fieras movían suavemente los respectivos rabos. Eso le convenció de que no abrigaban muy malas intenciones y resuelto a fingirse valeroso, se irguió y guardó silencio.

—Señor—exclamó entonces el lobo que se hallaba entre sus dos compañeros—. Con el mayor respeto venimos a pedirte que quieras ser nuestro amigo y jefe. Necesitamos un compañero valeroso y sabio como tú. ¿Querrás concedernos este grandísimo honor?

Wenceslao continuó callado, fingió reflexionar acerca de aquella proposición y, por último, en tono condescendiente y con palabras reposadas, les contestó:

—Perfectamente. Accedo a ser vuestro jefe siempre y cuando me juréis obediencia absoluta a todos mis mandatos, pues habéis de saber que nunca he podido resistir la menor desobediencia a mis órdenes.

—En cuanto a eso, señor —le contestó el lobo—, puedes estar seguro de que todos te

juraremos obediencia y aun añadido que nunca tendrás queja de nosotros.

En vista de aquella promesa, Wenceslao fué a vivir en compañía de los lobos. Estos le cedieron la mejor de las cuevas que tenían y todos se esforzaron en proporcionarle cuantas comodidades estaban a su alcance.

Pero resultó luego que los lobos habían establecido un turno para ir todos los días en busca de agua y de leña y, al parecer, no podían eximir de esta obligación a su jefe, Wenceslao, de modo que, al día siguiente, fueron a darle cuenta de que, como los demás, tendría que ocuparse de aquel trabajo el día que le correspondiera.

Wenceslao, que era un muchacho muy listo, no se enfadó, sino que se manifestó dispuesto a seguir las normas establecidas, pero, en el acto, imaginó la manera de librarse de toda servidumbre.

En efecto, cuando, varios días después, le dijeron que le había llegado la hora de ir en busca de agua, él salió cargado con un enorme cubo, cuyo peso, una vez lleno, seguramente, no habría podido levantar del suelo. Nada dijo y aunque le costó bastante llevar hasta la

fuelle el cubo vacío, partió sin la menor protesta.

Una vez en la fuente dejó el cubo a un lado y empezó a excavar la tierra en torno del manantial. Con toda intención dejó pasar mucho rato y, al fin, en vista de que no regresaba, uno de los lobos se dirigió a la fuente para ver qué ocurría.

—¿Qué haces aquí, señor? — preguntó el lobo al ver a Wenceslao ocupado en excavar la tierra.

—¡Es muy sencillo!—contestó él—. Para evitar a todos el trabajo de venir cada día en busca de agua, me ha parecido mucho mejor transportar la fuente al lado de las cuevas y así nos evitaremos esta molestia.

—¡Por Dios, no hagas eso, señor!—exclamó el lobo, asustado—. ¡Nos moriríamos de sed! ¡No, no, de ninguna manera! Ya iremos a buscar agua en tu lugar cada vez que te corresponda. Será mucho mejor así.

Y, dicho esto, empezó a llenar el enorme cubo y luego lo llevó a cuesta hasta las cuevas.

Pocos días después le correspondió a Wenceslao ir al bosque para cortar leña. Los lobos, cuantas veces iban allá, regresaban cargados con uno o dos troncos enormes y como Wen-



ceslao estaba seguro de que no podría llevar la misma carga y, por otra parte, quería librarse de aquella obligación, empezó a atar los árboles uno con otro, por medio de una sogá muy gruesa.

Al cabo de unas horas, los lobos, alarmados por tan larga ausencia, enviaron a uno de ellos al bosque, a fin de que averiguase lo qué ocurría.

En cuanto el lobo llegó a presencia de Wenceslao, vió, extrañadísimo, que ataba los árboles uno con otro y le preguntó qué estaba haciendo.

—Es muy sencillo—contestó Wenceslao—. Para no tener que venir cada día a buscar leña estoy atando todos los árboles del bosque y, de este modo, podremos llevárnoslos de una vez al lado de nuestras cuevas.

—¡No hagas eso, señor!—exclamó, alarmadísimo, el lobo—porque nos moriríamos de frío. Si quieres ya nos encargaremos nosotros de ir a buscar leña cuando te corresponda ir a ti.

Dicho esto, el lobo derribó un par de árboles y se los cargó a cuevas.

Poco a poco los lobos empezaron a cansarse de Wenceslao, porque éste no solamente no

hacía nada, sino que se daba la gran vida a costa de sus compañeros. Las fieras tuvieron una reunión y en ella acordaron matar a Wenceslao. Y, para ello, nombraron a uno que, durante la noche, debía darle un hachazo.

Wenceslao pudo darse cuenta de sus propósitos y al llegar la noche designada para su muerte, puso en su cama un tronco de árbol y lo cubrió con la capa. Poco después llegó el lobo y dió tantos hachazos al tronco que lo dejó casi deshecho. Después se alejó, muy convencido de que había matado a Wenceslao. Este sacó el tronco de la cama, se acostó tranquilamente y se durmió.

Muy sorprendidos, los lobos vieron a la mañana siguiente que Wenceslao estaba vivo y le preguntaron qué tal había pasado la noche.

—No muy bien—contestó Wenceslao—, me han picado varios mosquitos.

Los lobos supusieron que tomó los hachazos por picaduras de mosquitos y, en vista de ello, resolvieron librarse de su jefe, por otros medios. Propusieronle entregarle una enorme cantidad en oro a cambio de que se volviese a su casa, y Wenceslao aceptó de buena gana aquella oferta, siempre y cuando uno de los lobos le acompañase, llevando el dinero.

Consintieron todos en ello y el joven y el lobo emprendieron la marcha. Cuando ya estaban cerca de la casa de Wenceslao, éste se volvió y dijo al lobo:

—Ahora no des un paso más y yo me adelantaré para atar a mis pequeños, porque, de lo contrario, te devorarían.

En efecto, se dirigió a su casa, ató a sus hijos y les recomendó que, en cuanto viesan al lobo, empezasen a gritar: “¡Oh, carne de lobo! ¡Carne de lobo!”

Y cuando el lobo estuvo cerca y dejó la carga de oro al suelo, los niños empezaron a gritar:

—¡Oh, carne de lobo! ¡Carne de lobo!

Al oírlo, el lobo, muy asustado, emprendió la fuga.

A poca distancia encontró un zorro que le preguntó la razón de aquella loca carrera y el lobo le dió cuenta del peligro que acababa de correr.

—¡Y te has asustado por los gritos de los hijos de Wenceslao?—preguntó el zorro—. ¡No seas idiota, hombre! Figúrate que, en su corral, había dos gallinas. Anoche me comí una y hoy me comeré la segunda. Pero, en fin,



si no quieres creerme, acompáñame y lo verás. Agárrate de mi rabo.

El lobo, muy avergonzado, asió el rabo del zorro y echó a andar, siguiéndolo.

De este modo llegaron a corta distancia de la casa de Wenceslao. Este se había asomado a una ventana, al acecho, y armado de una buena escopeta, porque, en realidad, tenía mucho miedo de los lobos, pero al ver que aquél se acercaba agarrado a la cola del zorro, comprendió que estaba lleno de pánico y resolvió aprovecharse de tal circunstancia.

Por esta razón se dirigió al zorro y, en tono airado, le dijo:

—¡Caramba, zorro! Veo que no sabes cumplir las órdenes que te he dado. Bien sabes que te encargué traerme todos los lobos y no uno solo.

Aquellas palabras acabaron con el escaso valor que tenía el lobo. Rápidamente díjose que allí le amenazaba una muerte segura y horrible y, sin pensarlo dos veces, echó a correr, pero se olvidó de abrir la boca y, por consiguiente, arrastró al lobo en su fuga, a pesar de las voces y de las exclamaciones de éste, que se sentía golpeado por todas las piedras que hallaba en su camino.

Y así el pobre lobo murió al poco rato.

En cuanto a Wenceslao vióse libre de toda amenaza por parte de los lobos y con el oro que ellos le habían entregado, reconstruyó su casa, la proveyó de todo lo conveniente y necesario y pudo vivir en paz y en abundancia durante el resto de sus días.



LITERATURA INFANTIL - CUENTOS

